

castas superiores; *La Gaceta de los Gammas*, verde claro, y en papel caqui exclusivamente con palabras monosilábicas *El Espejo de los Deltas*. A continuación venían las Oficinas de propaganda por Televisión, por Cine Sensible, por la Voz y la Música Sintéticas, que ocupaban veintidós pisos. Encima de ellos estaban los Laboratorios de Investigación y las cámaras aguatadas donde los Registradores de sonidos y los Compositores Sintéticos realizaban sus delicados trabajos. Los últimos dieciocho pisos los ocupaba la Escuela de Ingenieros de Emociones.

Aterrizó Bernard en la azotea de la Casa de la Propaganda y saltó fuera.

-Telefonee a Mr. Helmholtz Watson -ordenó al portero Gamma-Menos- y dígame que Bernard Marx le espera en la azotea.

Se sentó y encendió un cigarrillo.

Helmholtz Watson estaba escribiendo cuando llegó el recado.

-Dígame que voy en seguida -dijo, y colgó el auricular, y volviéndose hacia su secretaria- : Encárguese usted de todo -continuó con el mismo tono oficial e impersonal; y fingiendo no advertir su clara sonrisa, se levantó y dirigióse a buen paso hacia la puerta.

Era un hombre hercúleo, ancho de pecho y de espaldas, macizo y sin embargo vivo de movimientos, elástico y ágil. La rotunda y sólida columna de su cuello sostenía una cabeza de perfecta forma. Su pelo era oscuro y ondulado, sus facciones muy acusadas. Era su tipo vigoroso y acentuado y tenía el aspecto (como su secretaria no se cansaba jamás de repetirlo) de un Alfa-Más de punta a cabo. Era profesor en la Escuela de Ingenieros de Emociones (Sección de Escritos), y en los intervalos de sus actividades educativas, trabajaba como Ingeniero de Emociones. Colaboraba periódicamente en *El Radio Horario*, escribía los argumentos de películas sensibles, y tenía una feliz habilidad para componer máximas y versículos hipnopédicos.

- "Inteligente" -tal era el juicio de sus superiores-. "Quizá (y movían la cabeza, bajando significativamente la voz) demasiado inteligente."

Sí, quizá demasiado inteligente: tenían razón. Un exceso mental había producido Helmholtz Watson efectos muy parecidos a los que en Bernard Marx eran resultado de un defecto físico. Una insuficiencia ósea y muscular había aislado a Bernard de sus semejantes y su sentimiento de estar por ello aparte, exceso mental a tenor de las normas corrientes, convirtiéndose a su vez en causa de mayor separación. Lo que había dado a Helmholtz la desagradable consciencia de ser el mismo y estar totalmente solo, era un exceso de inteligencia. Ambos coincidían en el convencimiento de que eran individuos. Pero mientras que Bernard, el físicamente defectuoso, había sufrido durante toda su vida por este convencimiento de sentirse aparte, hacía muy poco que, al darse cuenta de su exceso mental, Helmholtz Watson había comprendido cuándo separábase de las gentes que le rodeaban. Este campeón de pelota-Escalator, este infatigable amante (decíase que había tenido seiscientos cuarenta amigas en menos de cuatro años), este admirable hombre de comités, bienquisto en todas partes, se había convencido de repente de que deportes, mujeres, mando, no eran para él sino cosas secundarias. En realidad, le preocupaba, le interesaba otra cosa. Pero, ¿cuál? Tal era el problema que Bernard venía a discutir con él, o mejor dicho, pues era Helmholtz el que llevaba siempre la voz cantante, a escuchar razonar a su amigo una vez más.

Tres chicas preciosas de la Oficina de Propaganda de la voz sintética le cayeron encima al salir del ascensor.

-Anda, Helmholtz, vente a cenar con nosotras en la landa de Exmoor -decíanle, rodeándole implorantes.

Sacudió la cabeza y zafóse de ellas.

-No puede ser.

-Iremos solas contigo.

Pero Helmholtz no se dejó conmovir por tan deliciosa promesa.

-No -repitió-, tengo que hacer. -Y siguió decidido su camino.

Le siguieron un rato, y hasta que no le vieron subir al avión de Bernard y que cerraba la portezuela no cejaron. Y refunfuñando.

-¡Qué mujeres! -dijo, mientras se elevaba el aparato-. ¡Qué mujeres! -meneó la cabeza, frunció el ceño-. ¡Son terribles!

Bernard expresó hipócritamente su asentimiento; pero hubiese deseado, mientras decían estas palabras, tener tantas chicas como Helmholtz, y con tan poco esfuerzo. Sintió un apremiante deseo de jactarse.

-Me voy a Nuevo México con Lenina Crowne -dijo con el tono más indiferente que pudo.

-¿De veras? -dijo Helmholtz, sin el menor interés. Después, tras una leve pausa- : Hace una semana o dos -continuó- que he dejado los comités y las chicas. No te puedes imaginar el runrún que ha armado en la Escuela. A pesar de ello, creo que ha valido la pena. Los efectos... -vaciló- son curiosos, muy curiosos.

Una insuficiencia física puede causar una especie de exceso mental. El proceso parece ser reversible. El exceso mental puede producir, para sus fines, la ceguera y sordera voluntarias de una deliberada soledad, la impotencia artificial del ascetismo.

El resto del corto vuelo transcurrió en silencio. Una vez llegados y tendidos muellemente en los sofás neumáticos del cuarto de Bernard. Helmholtz comenzó de nuevo.

Hablaba muy despacio.

-¿No has sentido nunca -preguntó- tener algo dentro de ti que sólo espera para salir que le des una ocasión? ¿Un exceso de fuerza, comprendes, que no usas, como el agua que se precipita en cascadas en vez de pasar por las turbinas?

Miró a Bernard escrutadoramente.

-¿Quieres decir todas las emociones que se podrían sentir si las cosas fuesen otras?

Helmholtz meneó la cabeza.

-No del todo. Me refiero a una extraña sensación que experimento algunas veces, como si hubiese algo importante que decir y no pudiese expresarlo, pero sin saber lo que es ni poder hacer uso de esa fuerza. Si hubiese algún otro modo de escribir... u otros temas que tratar... -Calló, y luego:- Ya sabes -prosiguió al fin- que tengo bastante facilidad para la invención de frases; ya comprendes lo que quiero decir, palabras de las que hacen dar un respingo como si uno se hubiese sentado sobre un alfiler, tan nuevas e incitantes parecen, aun cuando se refieren a cualquier cosa hipnotéricamente evidente. Pero eso no basta. No basta que sean buenas las frases: lo que se hace también debiera serlo.

-Pero lo que tú haces es bueno, Helmholtz.

-¡Ah! Dentro de su radio de acción, sí. -Helmholtz se encogió de hombros-. Pero ese radio es muy corto. Lo que yo hago no es muy importante que digamos. Tengo el presentimiento de que podría hacer algo mucho mejor. Sí, y más intenso, más violento. Pero, ¿qué? ¿Es que hay algo más importante que decir? ¿Cómo puede uno ser violento con temas del género que tiene que tratar? Las palabras, como los rayos X, atraviesan cualquier cosa, si uno las emplea bien. Lees y te sientes traspasado. Esto es una de las cosas que intento enseñar a mis estudiantes: a escribir de forma penetrante. Pero, ¿qué cuerno de interés hay en ser traspasado por un artículo acerca de los cantos en común, o del último adelanto en los órganos de perfumes? Pero, además, ¿es posible hacer que las palabras sean realmente penetrantes, algo así como los más potentes rayos X, cuando se tratan temas de esa clase? ¿Puede decirse algo sobre nada? A fin de cuentas, todo viene a parar a esto. Pruebo una y otra vez...

-¡Chitón! -dijo de repente Bernard; y levantó un dedo; escucharon-. Creo que hay alguien en la puerta -murmuró.

Helmholtz se levantó, atravesó el cuarto de puntillas y, rápidamente, abrió de par en par la puerta. No había nadie.

-Vaya -dijo Bernard, consciente del ridículo-. Estoy algo nervioso. Cuando todos se muestran recelosos con uno, se vuelve uno también receloso con ellos.

Se restregó los ojos, suspiró; su voz tenía un dejo de pena. Se sinceraba:

-Si supieses cuánto he tenido que aguantar de un tiempo a esta parte -dijo en un tono casi lacrimoso, y el raudal de autocompasión parecía una fuente que se hubiera abierto de repente-. ¡Si supieses!

-Helmholtz le oía con cierta sensación de molestia.

-¡Pobre Bernard! -dijo entre sí.

Pero se sentía a la vez algo avergonzado por la conducta de su amigo. Hubiese querido que tuviera algo más de amor propio.

CAPÍTULO V

Desde las ocho de la noche la luz era ya escasa. Los altavoces de la torre del Club de Stoke Poges comenzaron a anunciar con una voz atemorada, que parecía sobrenatural, que era la hora de cerrar los campos de golf. Dejaron Lenina y Henry su partida y volvieron al Club. De los campos del Trust de Secreciones Internas y Externas venían los mugidos de los millares de animales que suministraban, con sus hormonas y su leche, las primeras materias a la gran fábrica de Famham Royal.

Un incesante zumbido de helicópteros llenaba el crepúsculo. Cada dos minutos y medio, una campana y estridentes silbidos anunciaban la salida de uno de los trenes ligeros, monorrieles, que volvían a la capital, desde sus campos separados, a los jugadores de golf de castas inferiores.

Lenina y Henry subieron a su aparato y arrancaron. A doscientos cincuenta metros, disminuyó Henry la velocidad de las hélices del helicóptero y permanecieron suspendidos sobre el paisaje que iba borrándose. El bosque de Burnham Beeches se extendía como una vasta laguna de oscuridad hacia la brillante orilla del cielo occidental. Carmesí en el horizonte, lo postrer del crepúsculo empalidecía hacia lo alto, pasando del anaranjado al amarillo y a un pálido verde acuoso. Al Norte, más allá y por encima de los árboles, la fábrica de Secreciones Internas y Externas lanzaba destellos de cruda luz eléctrica por cada una de las ventanas de sus veinte pisos. Bajo sus ojos se extendían los edificios del Club de Golf, los enormes cuarteles de las castas inferiores, y al otro lado del muro divisorio, las casitas reservadas a los socios Alfas y Betas. Los accesos a la estación del monorriel renegreaban por el hormiguero de los de casta inferior. Saliendo de la bóveda de vidrio, un tres iluminado partió hacia el campo abierto. Siguiendo su ruta hacia el Sudeste, a través de la oscura llanura, sus ojos toparon con los majestuosos edificios del Crematorio de Slough. Para seguridad en los vuelos nocturnos, sus cuatro altas chimeneas estaban iluminadas por reflectores y coronadas por rojas señales de peligro. Constituía un punto de referencia.

-¿Por qué esas torres humeantes tienen alrededor esos como balconillos? -preguntó Lenina.

-Recuperación del fósforo -explicó Henry telegráficamente-. Durante su recorrido hacia lo alto de la chimenea, sufren los gases cuatro diversos tratamientos. Antiguamente, el P_2O_5 escapaba por completo de la circulación cada vez que una cremación se efectuaba. Hoy en día se le recupera en más de un noventa por ciento. Más de kilo y medio por cuerpo de adulto. Lo que representa unas cuatrocientas toneladas de fósforo anuales, sólo en Inglaterra. -Henry hablaba lleno de orgullo, congratulándose de tal resultado, como si se le debiese a él-. Es hermoso pensar que podemos ser útiles socialmente, aun después de muertos: Haciendo crecer las plantas.

Lenina, sin embargo, había vuelto los ojos, y miraba verticalmente hacia abajo la estación del monorriel.

-Es hermoso -asintió-. Pero es raro que los Alfas y los Betas no hagan crecer más plantas que esos despreciables enanillos Gammas, Deltas y Épsilones que están ahí abajo.

-Todos los hombres son físicocómicamente iguales -dijo Henry sentenciosamente-. Por otra parte, hasta los Epsilones realizan indispensables servicios.

-Hasta un Épsilon...

Lenina se acordó de pronto de que, en cierta ocasión, durante su infancia, se despertó de noche y se dio cuenta por primera vez de lo que significaba el cuchicheo que perturbaba su sueño. Volvió a ver el rayo de luna, la fila de camitas blancas; oyó de nuevo la suave voz que decía (las palabras permanecían en ella inolvidadas, inolvidables, al cabo de tantas repeticiones durante la noche entera): "Cada uno trabaja para todos los demás. No podemos prescindir de nadie. Hasta los Epsilones son útiles. No podemos prescindir de los Epsilones. Cada uno trabaja para todos los demás. No podemos prescindir de nadie...". Recordó Lenina su primer sobresalto de temor y de sorpresa; sus pensamientos durante una media hora de verla; y, luego, bajo el influjo de aquellas interminables repeticiones, su espíritu se fue calmando poco a poco, y el sueño vino suave, dulcemente, como de puntillas...

-Al fin y al cabo, creo que a los Epsilones no les importa nada el ser Epsilones -dijo en voz alta.

-Claro que no les importa. ¿Cómo podría importarles? No saben lo que es ser otra cosa. Nosotros claro que sufríamos. Pero es que también hemos sido acondicionados de otro modo. Además, tenemos diferente herencia.

-Estoy muy satisfecha de no ser una Épsilon -dijo con convicción Lenina.

-Y si fueses una Épsilon -dijo Henry- tu acondicionamiento te hubiese hecho estar no menos satisfecha de no ser una Beta o una Alfa.

Embragó la hélice propulsora y puso rumbo a Londres. Tras ellos, al Oeste, el carmesí y el naranja se habían casi desvanecido; y un banco de sombrías nubes se amontonaron hacia el cenit. Cuando pasaron sobre el Crematorio, dio el avión un bote vertical en la columna de aire caliente que subía de las chimeneas, y cayó de súbito cuando llegó a la inmediata corriente fría y descendente.

-¡Magnífica montaña rusa! -dijo Lenina riendo.

Pero la voz de Henry volvióse, un momento, melancólica.

-¿Sabes lo que era esa montaña rusa? -dijo-. La desaparición final y definitiva de un ser humano. La subida en un chorro de gases calientes. Sería curioso saber si era de un hombre o de una mujer, de un Alfa o de un Épsilon... -Suspiró. Luego, con tono jovial-: En resumidas cuentas -terminó-, una cosa es cierta: sea quien sea, fue feliz mientras vivió. Todo el mundo es feliz ahora.

-Sí, todo el mundo es feliz ahora -dijo Lenina como un eco.

Habían oído repetir estas palabras ciento cincuenta veces cada noche durante doce años.

Aterrizaron en la azotea de la casa de cuarenta pisos, repartida en departamentos aislados, en que vivía Henry, en Westminster, y bajaron directamente al comedor. Allí, entre alegre y ruidosa concurrencia, les sirvieron una excelente comida. Con el café trajeron *soma*, del que Lenina tomó dos tabletas de medio gramo y tres Henry. A las nueve y veinte cruzaron la calle para ir al cabaret

recién abierto de la Abadía de Westminster. Era una noche casi sin nubes, estrellada y sin luna; pero Lenina y Henry no se dieron cuenta del hecho, deprimente sin duda alguna. Las señales luminosas en el cielo borrraban la oscuridad exterior: *Calvin Stopes* y sus *dieciséis sexofonistas*. Desde la fachada de la nueva Abadía, las gigantescas letras lanzaban destellos invitadores: *El mejor órgano de perfumes y colores de Londres. La música sintética más nueva.*

Entraron. El aire estaba cargado, casi sofocante, saturado de ámbar gris y sándalo. En el acupulado techo de la sala, el órgano de colores acababa de reproducir una puesta del sol tropical. Los dieciséis sexofonistas tocaban una vieja canción muy en boga: *No hay en el mundo un frasquito como tú, frasquito mío*. Cuatrocientas parejas bailaban un *five-step* en la pista encerada. Lenina y Henry fueron pronto la cuatrocientos uno. Gemían los sexófonos, como melosos gatos bajo la luna, y en los registros alto y tenor parecían estar en la agonía. Lleno de una riqueza prodigiosa de armónicos, su trémulo como subía hacia un clima más sonoro, cada vez más sonoro, hasta que, al fin, con un ademán de mano, el director daba la nota final en un sonoro estrépito de etérea música, que arrastraba fuera de nuestra existencia a los dieciséis músicos meramente humanos. Verdadero trueno en *la bemol mayor*. Y luego, en un semisilencio, en una semipenumbra, seguía una deturgescencia gradual, un *diminuendo* descendente y resbalando por grados, por cuartos de tono, hasta un acorde de dominante débilmente susurrado, que se demoraba aún (mientras que el compás de a cinco por cuatro continuaba latiendo debajo), llenando los oscurecidos segundos de una intensa expectación. Al fin ésta llegó a su término. Y estalló un repentino amanecer y, simultáneamente, los dieciséis entonaron la canción:

¡Frasquito mío,

siempre te he deseado!

Frasquito mío,

¿Por qué me han decantado?

Siempre era en ti claro el cielo,

siempre era en ti el tiempo bueno.

¡Ay!

No hay en el mundo un frasquito

como tú, frasquito mío.

Dando vueltas y vueltas bailando el *five-step* con las otras cuatrocientas parejas en la Abadía de Westminster, Lenina y Henry danzaban sin embargo en otro mundo -el mundo cálido y rico de color, el mundo infinitamente benévolo del *soma*. ¡Qué bueno, qué bello, qué deliciosamente divertido era! "¡Frasquito mío, siempre te he deseado...!" Pero Lenina y Henry poseían lo que deseaban... Estaban dentro, en este lugar y en este momento mismo, seguramente cobijados, con aquel buen tiempo y aquel cielo eternamente azul. Y cuando, agotados, dejaron los dieciséis sus sexófonos, y el aparato de música sintética se puso a producir lo más nuevo, los lentos *Blues Malthusianos*, habíanse vuelto como dos embriones gemelos, medidos dulcemente en las olas de un océano de sangre artificial envasada.

"Buenas noches, amigos. Buenas noches, amigos." Los altavoces velaron sus órdenes con una cortesía amable y musical. "Buenas noches, amigos..."

Obedientes, como todos los demás, Lenina y Henry abandonaron la sala. Las deprimentes estrellas habían recorrido un buen trozo de cielo. Pero aun cuando la pantalla de señales al aire libre

que separábalas de sus miradas se hubiese atenuado mucho, los dos continuaban en la feliz ignorancia de la noche.

La segunda dosis de *soma*, tomada media hora antes del cierre del local, había alzado un muro impenetrable entre el universo real y sus espíritus. Como envasados cruzaron la calle; envasados tomaron el ascensor para subir a la habitación de Henry en el piso veintiocho. Y, sin embargo, por muy envasada que estuviese, a pesar del seguro gramo de *soma*, Lenina no se olvidó de tomar todas las precauciones anticoncepcionales prescritas por los reglamentos. Años de hipnopedía intensiva y, de los doce a los diecisiete, ejercicios malthusianos tres veces por semana, habían vuelto la práctica de esas precauciones casi automáticas e inevitable como el parpadeo.

-¡Ay! Ahora me acuerdo -dijo al salir del cuarto de baño- que Fanny Crowne quería saber dónde compraste esta cartuchera tan bonita, imitación de tafilete verde, que me regalaste.

2

Un jueves sí y otro no, tenía Bernard que asistir a los Oficios de Solidaridad. Después de cenar temprano en el Afroditeo (del que Helmholtz había sido elegido recientemente socio por la aplicación del artículo II del reglamento), se despidió de su amigo y, llamando a un taxi desde la azotea, dijo al conductor que volase a la Cantoría Comunal de Fordson. Elevóse el aparato unos doscientos metros, puso rumbo al Este y, mientras viraba, surgió ante los ojos de Bernard, gigantescamente hermosa, la Cantoría. Iluminada por reflectores, sus trescientos veinte metros de mármol blanco de Carrara artificial brillaban con una nevada incandescencia sobre Ludgate Hill; en cada uno de los cuatro ángulos de su plataforma para helicópteros, una inmensa T escarlata lucía en la noche y veinticuatro enormes trompetas áureas rugían una solemne música sintética.

-¡Diablo! Llego tarde -dijo Bernard, viendo el reloj de la Cantoría.

Y, en efecto, mientras pagaba el taxi dio la hora. "Ford"; tronó una formidable voz de bajo en todas las trompetas de oro. "Ford, Ford, Ford..." Nueve veces. Bernard corrió al ascensor.

La gran sala de audiciones para las ceremonias del Día de Ford y otros Cantos generales en Común estaba en la planta baja del edificio. Encima, bien en cada piso, estaban las siete mil cámaras usadas por los grupos de Solidaridad para celebrar oficios quincenales. Bernard descendió al piso 33, cruzó el corredor, detúvose dudando un momento ante la cámara 3,210, y luego, resuelto ya, abrió la puerta y entró.

¡Gracias a Ford!, no era el último. Tres sillas de las doce colocadas en torno a una mesa circular estaban aún vacías. Deslizóse a la más próxima, procurando hacerse notar lo menos posible, y dispúsose a recibir, ceñudo, a los más tardos en llegar conforme fueron entrando.

-¿A qué habéis jugado esta tarde? -preguntóle volviéndose hacia él la muchacha que estaba a su izquierda-. ¿Al Golf de Obstáculos o al Electro-Magnético?

Bernard la miró (¡Ford! ¡Morgana Rothschild!), y tuvo que confesar, ruborizándose, que a ninguno de los dos. Morgana le miró pasmada. Hubo un embarazoso silencio.

Después, volvióle intencionadamente la espalda y dirigióse al hombre más deportivo que tenía a su izquierda.

-¡Buen principio de Oficio de Solidaridad! -pensó apenado Bernard, y tuvo el presentimiento de que fracasaría una vez más en sus esfuerzos para realizar la comunión de pensamiento.

¡Si hubiese mirado alrededor en vez de precipitarse sobre la silla más próxima! Hubiese podido sentarse entre Fifi Bradlaugh y Joanna Diesel. En vez de haberse ido a colocar a ojos ciegos junto a Morgana. ¡Morgana!, ¡Ford!, cuyas cejas negras -ceja mejor-, pues se juntaban ambas en lo alto de la nariz. ¡Ford! y a su diestra tenía a Clara Deterding. Ciertamente que las cejas de Clara no se juntaban. Pero era en verdad demasiado neumática. Mientras que Fifi y Joanna eran como convenía: llenitas, rubias, no muy altas... ¡Y el grandulón de Tom Kawaguchi se acababa de sentar entre las dos!

El último en llegar fue Sarojini Engels.

-Llega usted retrasado -le dijo con severidad el Presidente del Grupo-. Que no le vuelva a suceder.

Sarojini se excusó, y sentóse entre Jim Bokanowsky y Herbert Bakunin. El grupo estaba ya completo, perfecto y sin fallas el círculo de solidaridad. Un hombre, una mujer, un hombre, en corro, siempre alternados, alrededor de la mesa. Eran doce prestos a reunirse en uno, esperando acercarse, fundirse, perder en un ser mayor sus doce personalidades distintas.

Alzóse el Presidente, hizo el signo de la T y, poniendo en marcha la música sintética, desató un redoble de tambores suave e infatigable y un coro de instrumentos -casiviento y supercuerda- que repitieron agitados, una y otra vez, la breve y obsesionante melodía del Primer Himno de Solidaridad. Una vez y otra -y no era el oído el que percibía el machacoso ritmo, sino el diafragma; el sonido y el retumbo de estas repetidas armonías obsesionaba no sólo la mente, sino las entrañas, llenándolas de compasión.

Hizo el Presidente un nuevo signo de la T y sentóse. Los oficios habían comenzado. Tabletas de *soma* consagradas fueron colocadas en el centro de la mesa de los ágapes. La copa del amor, llena de helado de *soma* con fresas, pasó de mano en mano, y fue libada dos veces con la fórmula: "¡Bebo por mi aniquilamiento!" Después, con acompañamiento de música sintética, se entonó el Primer Himno de Solidaridad:

*Doce somos ¡oh, Ford!; reúnenos en uno,
cual diminutas gotas, en el Río Social;
haz que corramos ahora y siempre juntos
raudos como tu cochecillo va.*

Doce patéticas estrofas. Y cuando la copa del amor circuló una segunda vez: "Bebo por el Ser Más Grande" fue la fórmula. Todos bebieron. Sonaba, infatigable, la música. Redoblaban los tambores. Los recios y retumbantes sonos de las armonías continuaban obsesionantes en las conmovidas entrañas. El Segundo Himno de Solidaridad fue cantado:

*¡Oh, ven Tú, Ser Inmenso; ven Tú, Social Amigo;
aniquila a los Doce y en Uno júntalos!
¡Queremos ya morir, pues la muerte es principio
de una vida más grande, sin fin y sin temor!*